

## ***Azul como el mar***

Abdullah le da un dulce beso a su pequeño en la frente. Como todos los domingos, le ha leído algunas páginas de un cuento a su hijo, de ese libro que tiene las tapas azules como el mar, como el cielo. Le ha prohibido coger él solo ese cuento, porque dice que, si lo abre, entonces descubrirá como acaba la historia que contiene y ya no lo necesitará a ella para que se lo siga leyendo.

Al día siguiente por la mañana, abre con cuidado la puerta y ve la cara de su niño, iluminada por los pequeños rayos de sol que se cuelan por la ventana. Duerme poca abajo, con la cabeza apoyada en su brazo derecho; la mano la tiene abierta como si pidiera algo. Entonces, Abdullah posa su nariz sobre la palma de la mano tan suave y calentita, le hace cosquillas con pequeños movimientos hacia un lado y otro, mientras le sopla muy despacito y flojito. El pequeño termina abriendo sus grandes ojos de par en par. Negros como el abismo. Mira a su padre y sonríe, le da un besito muy fuerte en la mejilla y se acerca a su oído para decirle: *“Te quiero papá”*. Abdullah le pone una camiseta roja y unos pantalones azules, luego lo peina mientras se le escapa alguna risilla porque su hijo tiene un remolino en el pelo imposible de domar. Por último, le coloca la mochila en la espalda. Salen afuera.

El silencio se ve golpeado por el sonido de la gente que comienza su día: los que montan los puestos, los que se dirigen al trabajo, los que salen a hacer la compra, los que se dirigen a la escuela... Cuando llegan a la entrada del colegio, Abdullah le da un abrazo y él se va corriendo junto a los otros niños, riendo por los nervios porque es su primer día. Allí dentro todo transcurre con normalidad: la lección empieza con un dibujo. Tras dudar qué dibujar, por fin decide trazar unas líneas: se dibuja a sí mismo y a su padre, ambos van subidos en un enorme barco que tiene muchas ventanas circulares, cruzan el mar y se puede ver numerosos delfines y peces de colores. Papá, un día, le explicó que los barcos eran como los coches, pero eran mágicos porque podían correr sobre el mar y la gente se montaban en ellos para poder ir a otros países y conocer a otras personas. *“¿Algún día podremos montarnos en un barco, papá?”*, le preguntó ese mismo día, entusiasmado por la idea. Su padre le contestó que tal vez algún día...

Te diré algo antes de que acabe esta página: ¿te has percatado? ¿Lo has visto?

El pequeño, que solo tiene tres años, ya empieza a soñar...

Pero basta de mentiras. Ahora te voy a contar la verdad, porque quieres oírla, ¿no es cierto? Es 13 de septiembre del año 2015. Abdullah está sentada junto a la cama del pequeño Aylan y entre sus manos sujeta, con un poco de temblor, un cuento. Lo cierto es que el libro está en blanco, Abdullah va improvisando la historia como cada domingo, ya que él nunca aprendió a leer. Pero Aylan no lo sabe, el pequeño no sabe que su padre es un gran creador de historias infantiles. Ya hoy ha leído bastante. Cierra el libro y sube el volumen de la radio. Pero se sigue escuchando el horrible murmullo de fuera, así que vuelve a subir el volumen un poquito más. Entonces mira hacia la cama y sin poder remediarlo, desconsolado, se sumerge en un llanto profundo al ver que el pequeño Aylan no está, que su niño ya no puede oír sus historias. *“Lo siento mi pequeño, lo siento. No tuve opción...”*, dice mientras se acurruca entre las sábanas y abraza con fuerza el cuento no escrito de tapas azules.

A medida que el llanto lo va durmiendo, su cabeza se llena de imágenes de Aylan en algún lejano lugar, jugando con otros niños y niñas, abrazando a una extraña que lo quiere como si fuera su hijo. Y se queda dormido, a pesar del llanto, a pesar de las canciones que se oyen en la radio, a pesar del fuerte sonido de disparos y explosiones que vienen de la calle... Abdullah se queda dormido a pesar de que sus labios no paran de susurrar: *“lo siento, lo siento”*.

Pero dejemos a Abdullah dormir, no vaya a ser que la despertemos de esos sueños tan bonitos que tiene cada noche. Cambiemos de escenario.

Once días antes, es 2 de septiembre, bien temprano por la mañana. El rey del cielo brilla con fuerza sobre las olas y sobre la arena. Aquí en Turquía, el mar parece tener un color diferente y parece estar furioso, como si empujara a las olas con desprecio hacia la orilla. Parece que el agua grita, ¿lo oyes? Sí, pon atención y escucha lo que te dice: *“lo siento, lo siento”*.

Acércate, ¿lo ves? Hay un niño con camiseta roja y pantalones azules tumbado en la orilla. Es Aylan, que duerme poca abajo con la cabeza apoyada en su brazo derecho. La mano la tiene abierta como si pidiera algo, pero ¿pidiendo qué? ¿Qué quieres Aylan? Vamos, agáchate y pon tu nariz en la palma de su mano para hacerle cosquillas y luego sóplale, pero muy despacito y flojito para que no se asuste cuando abra sus grandes ojos. Sóplale, ¡vamos sóplale!

Tienes que despertarlo. ¡Vamos Aylan! ¡Vamos pequeñín! Insiste de nuevo, por favor. No puedes dejar que el pequeño Aylan se quede dormido. Por favor, no dejes que Aylan muera a orillas del mar...